

El mendigo devoraba una costilla, sentado en los escalones de la iglesia, y tenÃ­a enfrente un sombrero, a la espera de las limosnas. Se fijÃ³ en Ã©l porque parecÃ­a tener un aire casi normal, si no fuera por la suciedad, la barba de muchos dÃ­as y el mal estado de la ropa.

Ã Ã Ã Ã Ã No era joven ni viejo, pero cuando volviÃ³ a abrir la boca âjusto delante suyoâ vio que tenÃ­a los dientes podridos faltaban algunos. Mientras tanto, daba grandes mordidas al pedazo de carne que sostenÃ­a en una de las manos, y de vez en cuando en un pedazo de pan que tenÃ­a en la otra. Masticaba con ganas y daba otro bocado, inclinando un poco la cabeza, como acostumbran hacer los perros cuando buscan la mejor posiciÃ³n para clavar los dientes.

Ã Ã Ã Ã Ã Ciertamente la costilla era succulenta y sabrosa, porque se relamÃ­a los labios, que por momentos limpiaba con la manga y el dorso de la mano. En algÃºn momento se detuvo, colocÃ³ la costilla y el trozo de pan adentro del sombrero y sacÃ³ de la bolsa una lata de cerveza. La abriÃ³ haciendo estallar la tapa y bebiÃ³ un largo trago, despuÃ©s otro y otro. EructÃ³ y recomenzÃ³ las dentelladas, hasta no dejar casi nada de carne.

Ã Ã Ã Ã Ã Ahora ya no devoraba: roÃ­a despacio, entreabriendo los dientes, y se ayudaba con la lengua y los labios a empujar los Ãºltimos pedazos pegados al hueso. Era una operaciÃ³n mÃ¡s tardada, pero visiblemente placentera aÃºn. SÃ³lo despuÃ©s de chupar y lamer el hueso volviÃ³ al pan, que nuevamente mordiÃ³, bebiendo de vez en vez un trago de cerveza, como un animal buscando una recompensa.

Ã Ã Ã Ã Ã Cuando acabÃ³, aventÃ³ el hueso y la lata, que surcaron media calle, golpeando con estrÃ©pito en las piedras de la calzada. Se enroscÃ³ despuÃ©s en sÃ­ mismo y se acostÃ³ en el escalÃ³n, como un perro preparÃ©ndose para dormir al sol. Porque habÃ­a sol y, a pesar de la hora matinal, el aire no estaba frÃ­o.

Ã Ã Ã Ã Ã O tal vez lo estuviera, al final, porque el hombre sacÃ³ un gorro de la bolsa y se lo acomodÃ³ en la cabeza, despuÃ©s de levantar y jalar el cuello del abrigo.

Ã Ã Ã Ã Ã Fue en ese momento que el hombre que lo miraba saliÃ³ del carro y entrÃ³ en la iglesia, pasando al lado del mendigo. Era siempre asÃ­, con una ida a la iglesia comenzaba su dÃ­a.

Ã Ã Ã Ã Ã SÃ³lo que muy raramente, como aquella maÃ±ana, era Ã©l mismo quien conducÃ­a el carro. AdemÃ¡s, pocas veces utilizaba el carro para llegar al trabajo, ya que tenÃ­a un helicÃ³ptero privado, que en pocos minutos lo llevaba de la casa donde vivÃ­a al edificio del banco. Entonces bajaba en el elevador hasta la calle y entraba en una iglesia al lado.

Ã Ã Ã Ã Ã Aquella maÃ±ana, sin embargo, le apetecÃ­a hacer el trayecto con calma, reflexionando en los asuntos que le preocupaban. Las cosas andaban mal, eran necesarias medidas drÃ¡sticas y urgentes. MÃ¡s que nunca necesitaba de ayuda divina, de una seÃ±al, una inspiraciÃ³n. Dios sabÃ­a que Ã©l cumpliÃ­a su deber como podÃ­a y, en un mar de dificultades, iba manteniendo el banco a flote. PertencÃ­a a la Ã©lite que con valentÃ­a dominaba a la sociedad, sujetÃ©ndola de la cabeza. Si la cabeza de la sociedad estaba a salvo, tambiÃ©n el resto del cuerpo social sobrevivÃ­a.

Ã Ã Ã Ã Ã Con la ayuda de Dios, la cabeza de la sociedad iba a salvarse. Todas las noches rezaba, de rodillas, por esa Ãnica intenciÃ³n, que contenÃ­a en sÃ­ todas las otras. SÃ³lo despuÃ©s se desvestÃ­a despacio, y, como autorizara su capellÃ¡n confesor, retiraba el cilicio de su cuerpo humilde.

Ã Ã Ã Ã Ã Desde joven se mantuvo casto, sÃ³lo en el estricto cumplimiento de los deberes matrimoniales: fornicar Ãnicamente para procrear hijos que un dÃ­a estarÃ­an allÃ­, en su lugar, sirviendo a Dios, segÃºn Su doctrina y Su ley.

Ã Ã Ã Ã Ã Arrodillado en la iglesia, con la cabeza entre las manos, el hombre pensaba en esas cosas y en muchas otras que le preocupaban. Se sentÃ­a aplastado de responsabilidad y, sin notarlo, comenzÃ³ a sollozar. Los bancos eran los cimientos: si se vencÃ­an, la sociedad colapsaba. Y Ã©l sentÃ­a una tempestad, un terremoto que se aproximaba subrepticamente.

Ã Ã Ã Ã Ã Un miedo sin precedentes lo invadiÃ³ y se transformÃ³ en pavor. Todo Ã©l temblaba, suplicando a Dios que llegara en su auxilio. Pero la iglesia estaba oscura, envuelta en sombra, silenciosa. Y vacÃ­a.

Ã Ã Ã Ã Ã SÃ³lo allÃ­ arriba, delante del altar del SantÃ­simo, cintilaba delicadamente un candil. Que no resistirÃ­a al menor soplo del viento.

Ã Ã Ã Ã Ã Se sintiÃ³ abandonado, como Cristo en el Monte de los Olivos, antes de beber el cÃ¡liz que Dios no vino a apartar de su boca.

Ã Ã Ã Ã Ã La boca del hombre jadeaba ahora con ruido, como si el aire le faltara, como si todo le faltara, hasta el piso en el que se mantenÃ­a arrodillado.

Ã Ã Ã Ã Ã Lloraba exageradamente y gemÃ­a. Acababa de pecar con gravedad. Tuvo la presunciÃ³n de compararse con Cristo y pecÃ³ tambiÃ©n por desesperaciÃ³n, dudando de que Dios lo socorriera, que estuviera ahÃ­ y lo escuchara.

Ã Ã Ã Ã Ã Esa noche flagelarÃ­a su espalda con mÃ¡s violencia, con el chicote que tenÃ­a pedazos de metal en las puntas. PensÃ³ en la fuerza con la que sangrarÃ­a, y que su sangre impura derramada tal vez podrÃ­a redimirlo de haberse comparado con JesÃºs, el de la sangre sin mÃ¡cula, en el Huerto de los Olivos.

Ã Ã Ã Ã Ã Pero no parÃ³ de llorar, a pesar de sentir el alivio del arrepentimiento y una especie de sopor que lo invadÃ­a.

Ã Ã Ã Ã Ã Ahora le parecÃ­a que sus lÃ¡grimas se debÃ­an, de un modo inexplicable y confuso, al mendigo que vio comer con gula, al pecado de haber envidiado verlo comer de aquel modo bruto, con aquel placer animal de clavar los dientes en el trozo de carne, devorÃ©ndola con voracidad hasta el hueso.

Ã Ã Ã Ã Ã SentÃ­a, absurdamente, que el mendigo lo ofendÃ­a sÃ³lo por existir y sobre todo por comer asÃ­. Como si el pedazo de carne y el acto de comerla fueran una agresiÃ³n y un robo contra Ã©l mismo, contra el mundo que Ã©l representaba y defendÃ­a.

Ã Ã Ã Ã Ã Ese mundo comenzaba a temblar y amenazaba con caer.

---

Â Â Â Â Â Tal vez estaba enloqueciendo, pensÃ³, y su entendimiento de las cosas vacilara, por exceso de estrÃ©s y de aflicciÃ³n.

Â Â Â Â Â LevantÃ³ los ojos hacia el candil del altar mayor y pidiÃ³ a Dios que lo iluminase, le seÃ±alase un camino.

Â Â Â Â Â Y entonces, de repente, la salvaciÃ³n le surgiÃ³.

Â Â Â Â Â Se vio en el brillante papel de benemÃ©rito, firmando un compromiso de servicios gratuitos a los mendigos: distribuciÃ³n ilimitada de pan, vino y carne, tratamiento en las clÃnicas gestionadas por el banco, garantÃa de todos los servicios, con su cremaciÃ³n o entierro.

Â Â Â Â Â La abundancia de comida poco variada los mantendrÃa hartos y gordos, aunque no saludables, por un tiempo relativamente corto. Y, vivos o muertos, sus cuerpos se convertÃan en un manantial de lucro, desde la colecta de sangre a la venta de Ãrganos, un campo libre para probar nuevas sustancias, por no hablar de cÃmo la grasa podrÃa ser aprovechada en el campo de la cosmÃtica. Bastaba saber cÃmo hacer las cosas, pero en eso Ãl era experto y tenÃa una enorme red de colaboradores.

Â Â Â Â Â Claro que toda esa parte serÃa omitida de la vista del pÃblico y permanecerÃa insospechada en todo lo que Ãl dijese o firmase, con pompa y circunstancia, con las autoridades gubernamentales.

Â Â Â Â Â Mi SeÃ±or y mi Dios, yo Os doy gracias. Aleluya, aleluya, vuestro humilde siervo fue escuchado.

Â Â Â Â Â Se levantÃ³ de prisa y vio la hora â€iba a llegar tarde a la reuniÃ³n, JesÃs, cÃmo se atrasÃ³.

Â Â Â Â Â Se santiguÃ³ e inclinÃ³ delante del altar, con una reverencia profunda y agradecida.

Â Â Â Â Â Sobre todo agradecida, mi Dios, cÃmo se sentÃa grato, pensÃ³ al bajar corriendo los escalones y azotando la puerta del carro, despuÃs de pasar, sin querer verlo, al lado del mendigo. TraducciÃ³n del portuguÃs de Sergio Ernesto RÃos